

FLACSO . Biblioteca

América Latina 2020

Escenarios, alternativas, estrategias

Francisco López Segrera y Daniel Filmus (coordinadores)

© Francisco López Segrera y Daniel Filmus, coordinadores

© Temas Grupo Editorial SRL, 2000

Talcahuano 1293 piso Iro. B

1014 - Buenos Aires, Argentina

Tel: 4813.9334 y rotativas / Fax: 4813.5463

www.editorialtemas.com

E-mail: temas@ciudad.com.ar

Derechos reservados en idioma español

Diseño de cubierta e interiores: Diego Barros

Coordinación General: Carlos Sibilla

Corrección: Soledad Casanova

1ª edición, mayo de 2000

ISBN 987-9164-43-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin permiso escrito de la Editorial.

5808
10-11-05
10-2

5808

ÍNDICE

TOMO I

Presentación

- 13 Nota de los coordinadores. Francisco López Segrera y Daniel Filmus
25 Prólogo. *Brasil: para reiniciar el crecimiento*, Celso Furtado
29 Introducción. *Mensaje al III Encuentro Latinoamericano de Estudios Prospectivos*. Federico Mayor Zaragoza

Capítulo I

- 35 *Los estudios prospectivos como herramientas de construcción de futuro*
- 35 Xabier Gorostiaga
Hacia una prospectiva participativa. Esquema metodológico
- 51 Sergio Buarque
Elaboración de escenarios de Brasil y de la Amazonia brasileña
- 111 Francisco José Mojica
Determinismo y construcción del futuro

Capítulo II

- 127 *La educación para el siglo XXI*
- 127 Carlos Tünermann Bernheim
La educación para el siglo XXI
- 153 Axel Didriksson
Tendencias de la educación superior al fin de siglo: escenarios de cambio
- 165 Jorge Broveto
La educación para el siglo XXI
- 181 Ana Luiza Machado
La educación en América Latina y el Caribe: visión prospectiva al año 2020
- 199 Xabier Gorostiaga
En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo: desafíos y retos para la universidad en América Latina y el Caribe

- 227 Daniel Filmus
*Educación y desigualdad en América Latina de los noventa.
¿Una nueva década perdida?*
- 257 Flavio Fava de Moraes
Educación superior y desarrollo: visiones del futuro
- 265 José Raymundo Martins Romêo
Educación para el siglo XXI

Capítulo III

- 275 *Cultura y desarrollo*
- 275 Edgar Montiel
*Globalización y geopolíticas de las culturas.
Un ejercicio prospectivo a partir de los años ochenta*
- 287 Celso Furtado
¿Y ahora, Brasil?
- 293 Julio Carranza Valdés
Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate
- 311 Estrella Bohadana
Humanidad: entre el lenguaje y la cultura
- 323 Carlos J. Moneta
Identidad y políticas culturales en procesos de globalización e integración regional

Capítulo IV

- 337 *Ciencias sociales*
- 337 Theotonio Dos Santos
Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales
- 351 Aldo Ferrer
La globalización y el futuro de América Latina: ¿qué nos enseña la historia?
- 365 Wilfredo Lozano
Cooperación internacional, redes globales y ciencia social en América Latina
- 381 Atilio A. Borón
América Latina: crisis sin fin o el fin de la crisis

- 397 Francisco López Segrera
Herencia y perspectivas de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe
- 413 Emir Sader
Modelos de acumulación y crisis hegemónica
- 427 José Antonio Ocampo
XIII Congreso Brasileño de Economistas y VII Congreso de Economistas de América Latina y el Caribe
- 439 **Apéndices**
- III Encuentro de Estudios Prospectivos: “Los Escenarios de América Latina y el Caribe en el Horizonte 2020”, Río de Janeiro, 20 al 22 de septiembre de 1999
- 439 Declaración Final
- 445 Informe de Relatoría

Cooperación internacional, redes globales y ciencia social en América Latina

Wilfredo Lozano*

Introducción

Me propongo discutir en este trabajo algunas ideas en torno al impacto de la globalización y la experiencia de cooperación regional en América Latina y el Caribe en el campo de las ciencias sociales. Discutiré algunas cuestiones relativas al replanteo institucional e intelectual que impone a las ciencias sociales, particularmente en América Latina, la nueva situación mundial atravesada por el signo de la incertidumbre de un mundo global, no sólo de las alternativas previsibles de futuro, sino por el desconcierto y la duda –no metódica– de la crisis misma de los estilos tradicionales del ejercicio de la ciencia social que fueran propios de un sistema mundial bipolar, donde las grandes utopías dotaban de sentido el ejercicio del quehacer de los científicos sociales, visto desde la academia o desde el terreno más mundano de la política.

Primero formularé algunas ideas en torno a los cambios globales en marcha y su impacto en los sistemas científicos. Luego plantearé algunas ideas en torno a los cambios del quehacer científico social latinoamericano, el cual giró en torno a una idea del de-

* Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Ha publicado importantes compilaciones y ensayos sobre temas políticos latinoamericanos.

sarrollo centrado en los estados-naciones. Veré de pasada algunas de las consecuencias institucionales de estos procesos de cambio, deteniéndome en la discusión sobre las transformaciones de los sistemas universitarios e institutos de investigación. Finalmente, plantearé algunas ideas en torno a las líneas de acción que las redes y comunidades de científicos sociales pueden impulsar de cara al reordenamiento de sus lazos con el Estado, la sociedad civil y la comunidad internacional en la presente coyuntura regional e internacional.

1. Cambios globales y ciencias sociales

Es claro que el acelerado proceso de informatización de los procesos productivos, pero también de los procesos sociales, ha reconfigurado los mecanismos de articulación social, influido en los procesos de definición de identidades (Beck, 1998) y contribuido de manera decisiva a la conformación de una sociedad red, o sociedad de la información, que se encuentra en la base de una nueva cultura planetaria en formación (Castells, 1997; Hungtinton, 1997). Ello no ha eliminado las especificidades socioculturales de las naciones, grupos étnicos, comunidades y movimientos sociales. Más bien ha influido en muchos casos en su fortalecimiento, en otros en su reorientación; pero en todos, les ha permitido afirmar sus espacios locales, precisamente como resultado de su capacidad de inserción en los espacios y flujos globales que la sociedad de la información les pone a disposición (Castells, 1997). De esta suerte, sin entrar en mayores consideraciones en este momento sobre el tema, se rearticula la manera en que tradicionalmente hemos venido analizando los espacios locales en sus vínculos con los sistemas globales.

En otro orden, la revolución informática rearticula el trabajo de las comunidades científicas, pues como veremos luego, les permite no sólo mayor capacidad en sus esferas de trabajo específicos en el plano del manejo de mayor información y control de experimentos; también les ha permitido, más allá del campo de sus saberes, acercar a los académicos y científicos en verdaderas redes internacionales, lo cual de hecho ha fortalecido la formación de sus identidades como colectividades científicas, más allá de las esferas estatal-nacionales en que desempeñan sus actividades. Por lo demás, en la base de la ruptura de las viejas parcelaciones y especializaciones disciplinarias que configuró a las ciencias sociales desde el siglo XIX a nuestros días, se encuentra no sólo la mayor conciencia de la complejidad que ha acercado a saberes distintos hacia la búsqueda de respuestas a iguales campos problemáticos. La revolución tecnológica ha

facilitado esta tarea y en consecuencia contribuido a poner en comunicación a comunidades científicas de origen disciplinarios distintos (Wallerstein, 1996).

En este escenario, la primera dirección de mi reflexión la impone el reacomodo total del universo discursivo y paradigmático, del quehacer científico social en este final de siglo. No me propongo abordar aquí, ni mucho menos, el escabroso y, a mi juicio a veces inútil, sendero de la llamada crisis de los paradigmas. Mi propósito es más modesto. Simplemente apunta al hecho de que, aun si rechazásemos la argumentación de que hoy día asistimos a una verdadera crisis paradigmática de nuestro quehacer científico, hemos de aceptar que en el ámbito institucional, en las relaciones tradicionales de las ciencias sociales con el Estado, con la sociedad y la política, se ha producido un vuelco significativo que merece atención y reflexión responsables.

Me preocupa más que, aceptando hoy la pluralidad de enfoques, la yuxtaposición de objetos problemáticos en el manejo interdisciplinar de múltiples objetos de investigación –como es la cuestión ambiental, los estudios sobre género o la investigación sociohistórica– se haya ido fortaleciendo en los últimos diez años una práctica en la producción de saberes que, al tiempo que predica la “desideologización” de la ciencia social en este final del siglo, compromete su quehacer casi de manera exclusiva en lo que la teoría crítica, de Horkheimer a Habermas, ha definido como saber instrumental. No rechazo con ello la necesidad de producir conocimientos de este tipo. Digo más. Este tipo de saberes es fundamental para la rearticulación de las relaciones entre las ciencias sociales, el Estado y la sociedad en este final de siglo y en medio de un mundo global. De lo que estoy convencido es de que incluso la producción de este tipo de conocimiento instrumental, en su eficacia histórica, requiere precisamente de una perspectiva más amplia, que ubique los límites y posibilidades de dichos saberes –y esto sólo puede proporcionarlo un enfoque crítico que nos obliga a asumir una inevitable y responsable reflexión entre la ciencia y la política– como a un directo y franco acercamiento del científico social a su sociedad y a sus problemas, en tanto individuo y actor colectivo responsable ante su comunidad.

La segunda cuestión que desear exponerles a ustedes se refiere a la relación de las prácticas científicas con los cambios de nuestras sociedades de final de siglo. Como todos sabemos, estos cambios han rearticulado el lugar ocupado por las ciencias sociales en el ámbito específicamente universitario, modificando, a su vez, los lazos y relaciones con los sistemas estatales y con los actores políticos. Han modificado, por otro lado, el lugar y la función del conocimiento científico social, a propósito de los diseños de políticas públicas y de su recuperación o apropiación por los actores sociales.

Entre otras de sus expresiones, en este nuevo contexto la descentralización y desestatización de la producción de conocimientos en el campo de las ciencias sociales se verifican en un contexto regional y mundial caracterizado al menos por tres aspectos:

1. Una generalizada crisis de los paradigmas tradicionales de las prácticas científicas en el campo sociohistórico, coexistente con un estrechamiento de los lazos interdisciplinarios y rupturas de fronteras epistemológicas.¹
2. El estrechamiento de redes mundiales del saber en el marco de la presente revolución informática. Situación que al tiempo que estrecha los lazos en la comunidad científica mundial, debilita el potencial de acción de esas mismas comunidades en una perspectiva estatal nacional (Castells, 1997; Wallerstein, 1999).
3. La desideologización de los saberes y el fortalecimiento de prácticas orientadas a la producción de conocimientos pragmáticos e instrumentales, en un contexto de acción limitada, casi siempre en función de necesidades o requerimientos de actores situados en esferas privadas o en ámbitos públicos generadores y administradores de políticas (Briceño y Sonntag *et al.*, 1998; Sonntag, 1988).

Pero no es sólo en el campo de la actividad científica y la seria crisis que les ha planteado el reconocimiento de los fenómenos complejos, las teorías del caos y las rupturas de los campos institucionales tradicionales donde debemos ir a buscar las claves de la recomposición de las comunidades científicas, en nuestro caso de las ciencias sociales. Existen fenómenos de orden sociopolítico y económico que han influido de manera decisiva en esta recomposición de las prácticas académicas.

La globalización ha obligado a los estados-naciones y comunidades locales a leerse en un espejo planetario; pero este espejo, por el acto mismo de involucrar en tiempo real y en condiciones tan desiguales tal cantidad de actores, ha sido invadido por los particularismos. Occidente, como el líder que hasta ahora es de este proceso, ha tenido que asumir la complejidad del riesgo que esto implica, precisamente como precio de su hegemonía planetaria. Pero es precisamente por ello que Occidente se encuentra en serias dificultades a la hora de responder a la explosión de movimientos culturales, religiosos y, en general, ajenos a la lógica de los merca-

¹ Para un análisis del reacondo de las ciencias sociales en el actual proceso de transformaciones mundiales véase a Wallerstein (1999). Para un análisis de los procesos más específicos de cambios de las disciplinas clásicas en ciencias sociales y la ruptura de fronteras disciplinares véase Dogan y Pahre (1993).

dos, cuando intenta brindar respuestas hegemónicas por la vía de la racionalidad mercantil y tecnológica a fenómenos que surgen precisamente como reacción negativa a esta racionalidad. Uno de los retos científicos más formidables de este fin de siglo es repensar precisamente las condiciones de ejercicio de esta hegemonía en condiciones que si bien revelan claramente la unipolaridad del dominio militar norteamericano apuntan a la multipolaridad de bloques económicos mundiales, en condiciones de extrema fragmentación de los liderazgos políticos en el sistema internacional, atravesados por los choques de civilizaciones y culturas (Huntington, 1997).

Algo semejante ocurre con el Estado y su papel en el proceso de reconfiguración del orden mundial. Las posiciones van desde la afirmación de autores como Ohmae (1997) que se encuentran convencidos de su más o menos pronto deceso, hasta la ortodoxia realista que entiende que aún en un escenario global el Estado continuaría siendo el eje de la articulación del sistema mundial. Pero de lo que debo ocuparme aquí es de un aspecto muy particular de este asunto: la necesaria reconfiguración de las relaciones entre el Estado y la sociedad que el escenario de la globalización plantea.

Por lo pronto, la globalización al tiempo que fortalece poderes transestatales como el de las firmas transnacionales, debilita su poder local, aun cuando hasta ahora éste ha mantenido su función de arbitraje y control de la seguridad global que esos mismos poderes mundiales requieren. De esta forma la vulnerabilidad del Estado en el marco de ciertos procesos transnacionales, como las comunicaciones, la economía financiera a escala global e incluso ciertas tareas de seguridad regional y mundial, en el mismo movimiento fortalece su presencia en la escena internacional como la célula en función de las cuales continúa articulándose el cuerpo del sistema político internacional. Pero este proceso es desigual; favorece a un número reducido de naciones y vulnera al resto de la humanidad, introduciéndolas en el reinado del riesgo, la inequidad social y económica y la incertidumbre del futuro (Beck, 1998 y 1998b).

De todos modos, en los espacios estatal-nacionales la instancia reguladora por excelencia, el Estado, ha perdido campo de maniobra en un doble movimiento que implica pérdida de capacidad de control frente al actor hegemónico emergente, el empresariado, y pérdida de capacidad reguladora e interventora tras los procesos de apertura y creciente compactación de espacios económicos transnacionales. La crisis del Estado de Bienestar se encuentra entre otros de sus factores que la determinan en medio de este movimiento de pinza: reconfiguración empresarial de la hegemonía en los estados-

naciones y crisis de los estados en su capacidad económica de regulación y gestión de la economía y de la sociedad.²

Esto nos conduce finalmente al tercer gran tema de este proceso de reordenamiento mundial, el de la democratización de las estructuras políticas. Sin entrar a discutir la complejidad de esta agenda, es claro que la aceptación del paradigma democrático como el régimen político que ninguna de las formaciones estatales presentes en el escenario mundial cuestiona o ataca directamente, tiene importantes consecuencias. Independientemente de que esta aceptación de la democracia como régimen político ideal en modo alguno supone que el sistema mundial se mueva uniforme y unánimemente en esa dirección, al menos establece un espacio en el que las sociedades civiles pueden fortalecer sus posiciones, a diferencia del esquema bipolar de la Guerra Fría.

En este contexto, por primera vez asistimos a la posibilidad de impulsar instituciones internacionales que en algunas esferas como los derechos humanos actúen de modo efectivo frenando el poder y capacidad de control de los Estados frente a los individuos. En este sentido, el debilitamiento del poder de los Estados fortalece la ciudadanía. Sin embargo, es este mismo debilitamiento de los espacios estatales el que ha puesto en peligro las capacidades del Estado de Bienestar en las esferas sociales y económicas de la ciudadanía. En cualquier caso, la nueva situación mundial conduce a los actores políticos y sociales en cada contexto estatal-nacional a la búsqueda de modalidades de acción donde en muchos casos son las instituciones internacionales del nuevo poder global en constitución las que apoyan, legitiman y muchas veces hacen viable las acciones e intervenciones de esos actores nacionales o locales.³ Estamos, pues, ante una nueva práctica de la política que exige de la ciencia social no sólo sus capacidades propiamente analíticas en materia de conocimiento de los sistemas políticos o de

² No debemos perder de vista que las posibilidades de afirmación de la democracia como régimen político universal es sólo eso, una posibilidad. En la práctica histórica y en el presente, la realidad es que en el sistema internacional —a escala de sus actores políticos más relevantes, los Estados— la democracia dista mucho de ser un ideal alcanzado, aun cuando estos mismos actores estatales la acepten en sus discursos de cara a su participación en el sistema internacional. Si bien en algunos espacios regionales del sistema internacional como América Latina, Estados Unidos y Canadá, Europa y algunas naciones asiáticas, como la India y Japón, con sus precariedades e incongruencias, la democracia es el régimen que articula a los sistemas políticos, en la mayoría de los países africanos, en la China y en muchos países asiáticos no puede predicarse que imperen regímenes políticos precisamente democráticos.

³ Reconocer esto no deja de lado la relación asimétrica en que se mueve este nuevo poder mundial que perjudica a los países menos desarrollados, principalmente a nivel económico, aun cuando en el plano político, como afirmamos, las sociedades civiles de esos mismos países encuentran en el sistema internacional nuevos espacios de acción y eficacia de sus propuestas. Sobre esta tensión de la nueva realidad política del sistema internacional véase a Peña Esteban (1997).

la lógica de la denuncia y lucha frontal consecuente contra las situaciones autoritarias, sino que demanda cada vez más de propuestas de ingeniería política, de diseños de políticas públicas que atiendan al fortalecimiento de los espacios de ciudadanía y los derechos humanos, en un marco que escapa al límite analítico y político del estado-nación (Held, 1997).

2. Globalización y ciencias sociales

Estos hechos plantean así una situación problemática que requiere de respuestas creativas y novedosas frente a los nuevos retos de un mundo en cambio. Por lo pronto, obliga a los científicos sociales a vincular su producción a la búsqueda de respuestas a problemas con mayor delimitación, de cara a las nuevas necesidades que enfrentan no sólo los estados-naciones sino el sistema mundial mismo. Así la reflexión teórica al tiempo que enfrenta una seria crisis epistemológica se aboca a una profunda redefinición de sus objetos de conocimiento, viéndose obligada, al mismo tiempo, a estrechar vínculos con la producción de saberes instrumentales.

En este nuevo marco la globalización de los problemas fortalece el surgimiento de objetos de conocimiento que trascienden los estados-naciones y orienta la investigación hacia estudios de carácter comparativo, donde la unidad de análisis nacional se ve desplazada, o por lo menos complementada, por otras unidades o dimensiones: actores y sistemas mundiales y/o regionales, problemas societales y políticos de tipo transnacional –como las comunidades transnacionales– la crisis ambiental del globo en sus dimensiones societales transnacionales, la dimensión transnacional del proceso de construcción de ciudadanías e identidades culturales, etc.

Se descentran así los ámbitos institucionales de carácter nacional, al tiempo que se fortalecen los ámbitos regionales e internacionales, pero en un contexto donde las redes regionales han entrado, a su vez, en una seria crisis institucional. Finalmente, el espectacular desarrollo de las tecnologías informáticas y comunicativas, cuya facilidad de acceso es cada vez mayor, plantea una serie de retos a las ciencias sociales, en lo que concierne a los sistemas de docencia, las prácticas de investigación, la constitución de comunidades académicas internacionales, etc.

Como puede apreciarse, las ciencias sociales hoy como ayer continúan atadas al destino político de los estados-naciones, pero a diferencia del pasado se abren en este nuevo contexto histórico no sólo nuevos problemas y retos sino también nichos y oportunidades que merecen ser aprovechados. El primero de todos es la evidente mundialización de

las prácticas científicas que bien aprovechada potencia la calidad del quehacer académico, en este caso en su expresión nacional y regional. En segundo lugar, el reconocimiento a nivel de los Estados y de las agencias internacionales de la necesidad de saberes objetivamente fundados coloca a las ciencias sociales en una buena posición de diálogo en los aspectos centrales del debate contemporáneo en nuestro continente, tales como: la reforma del Estado, la modernización de nuestros sistemas políticos, las experiencias de integración, la cuestión del desarrollo sostenible, los procesos de apertura económica y la competitividad, la globalización de la producción cultural, la reforma de la seguridad social, el problema de la seguridad ciudadana, la desregulación de los mercados laborales y los problemas de la pobreza. A lo que se agrega una gama de problemáticas claves referidas a la sociedad considerada como un actor relativamente independiente –o distinto– al Estado, entre cuyos problemas se destacan los nuevos estilos de participación ciudadana en la política, la cuestión de la democracia como cultura política y los nuevos “clientelismos”, los procesos de descentralización y sobre todo el problema de la exclusión social y la desigualdad, el cual cubre desde la cuestión del prejuicio y exclusión de minorías étnicas, la violencia armada, la delincuencia, los derechos ciudadanos, hasta la central cuestión de la equidad social. En todas estas cuestiones claves los científicos sociales tienen, o deben luchar por tener, un lugar prominente a la hora de definir las opciones históricas del continente de cara al nuevo siglo.

Pero también persisten serios problemas que empañan este mundo de formidables posibilidades. En primer lugar, nos referimos a la crisis de nuestros sistemas universitarios, en parte producto de cambios sociales decisivos, pero sobre todo resultado del reacomodo de sus relaciones con el Estado. Esta crisis no sólo ha reducido la dimensión de la investigación, sino rebajado en muchos casos la calidad de la formación de los jóvenes científicos sociales recién egresados. En el ámbito de los centros privados de investigación todos sabemos la crisis por la que atraviesan. Qué no decir de la significativa reducción de las contribuciones estatales a los institutos y organizaciones científicas, tanto nacionales como regionales. Detengámonos a discutir con mayor detalle este reacomodo institucional de las ciencias sociales.

3. La educación superior, la investigación y las ciencias sociales en América Latina

Como las ciencias sociales latinoamericanas han estado estrechamente vinculadas a la vida universitaria, en cierto sentido la medida de su crisis es la de la crisis de las instituciones de educación superior. Del movimiento de Córdoba a nuestros días una mi-

rada generosa –y en cierto modo justa y hasta realista– puede sostener sin temor que la universidad latinoamericana se ha fortalecido. Se le reconoce hoy un espacio legítimo en el conjunto de estructuras institucionales que articulan nuestra vida cultural y política. Sin embargo, es precisamente por haber alcanzado este espacio legítimo en nuestras sociedades, que debemos preocuparnos por las señales negativas del proceso de transformación que vive el mundo universitario latinoamericano.

En primer lugar, el Jano Bifronte de la masificación de la enseñanza debe asumirse con realismo. No sólo con la mirada justa del derecho que todo ser humano posee a la mejor educación, sino también con la convicción de los compromisos de excelencia y eficiencia en el que la puesta en práctica de este derecho debe apoyarse. Es cierto que la masificación ha brindado la oportunidad al ciudadano de escasos recursos para alcanzar una buena educación y en consecuencia lograr una vida más digna. Más allá de cualquier consideración tecnocrática, la verdad sea dicha, muchos latinoamericanos han logrado mejorar sus vidas gracias a esta posibilidad. Pero también el Jano Bifronte de la educación superior nos indica que la masificación de la enseñanza ha bajado en términos generales la calidad de la enseñanza y, en consecuencia, la producción de profesionales con la formación intelectual y técnica necesaria para asumir los retos del desarrollo de nuestros pueblos.³

Es en este espacio que se produce el otro fenómeno de verdadera significación de masas en el plano de la educación superior: la privatización de los centros de enseñanza. La respuesta que en muchos círculos se brinda para explicar este fenómeno es que el mismo es el producto de la ineficiencia de la educación pública. Pero lo cierto es que, sin desconocer la pérdida de la calidad de la educación superior en la mayoría de nuestras universidades estatales, la privatización es el producto de un proceso político e ideológico. Político, puesto que ha sido determinado por la expresa voluntad estatal de responder al poder universitario que de una u otra manera le brindó la autonomía. Sin desconocer el mal uso de este recurso en muchos casos, lo cierto es que la autonomía universitaria brindó también espacio para el ejercicio libre de la crítica en medio de regímenes autoritarios. Ideológico, puesto que la moda liberal tendió a identificar ineficiencia con Estado. Mas los resultados hablan por sí solos: salvo algunos centros pri-

³ No debemos meter en el mismo saco todas las experiencias. En Brasil, precisamente las universidades estatales son las de mayor rigor y exigencia académica. México se encuentra en un serio proceso de fortalecimiento de la excelencia académica de sus institutos de educación superior e investigación, Venezuela permite reconocer nichos de verdadera excelencia en sus institutos universitarios públicos, lo mismo puede decirse de Chile. Pero lamentablemente del conjunto de nuestros sistemas universitarios no puede decirse ciertamente lo mismo. Para un análisis de la educación superior en América Latina y el Caribe véase García Guadilla (1996).

vados de clara excelencia, la verdad es que la masificación de la enseñanza universitaria privada ha resultado en América Latina tan ineficaz o mayor que la experiencia de las universidades estatales.

Pero la privatización de la enseñanza universitaria, a riesgo de ser groseramente simples, ha conducido al Estado a reducir los recursos que destinaba al sector, con la consecuente pérdida de capacidades técnicas e intelectuales para la universidad pública. Entre otros de sus resultados ello produjo una serie de fenómenos que, unidos al enquistamiento de elites burocráticas en las estructuras de poder universitario, han determinado el virtual abandono de la práctica de investigación en los pocos centros o institutos universitarios que se dedicaban a esta tarea. De ello se ha derivado una dramática pérdida de recursos para la investigación en ciencias sociales, un acelerado descenso de la matrícula en las carreras de ciencias sociales y una total dispersión de la comunidad de científicos sociales –los que se han visto forzados al pluriempleo– y, en el mejor de los casos, al trabajo en pequeños centros privados en continua incertidumbre en cuanto al manejo de recursos.

Derivado de ello y en estrecha relación con los efectos perversos de la instalación de regímenes autoritarios en los años setenta en toda la región se verificó un impulso masivo a la privatización de la investigación en ciencias sociales. Pero esta privatización tenía un carácter forzado si se compara con la privatización de la enseñanza superior que también en esos años se producía. En ambos casos era el Estado el agente “estimulante” del proceso, pero mientras en el caso de la enseñanza superior la privatización era acogida por el Estado facilitándole el campo institucional y en muchos casos recursos, en el caso de la investigación en ciencias sociales ese mismo Estado era el que por vía negativa –reducción de recursos, debilitamiento del campo institucional para el ejercicio de la actividad de investigación y represión política– forzada a la privatización y precarización de las ciencias sociales.⁵

Paradójicamente, esto fortaleció en las ciencias sociales latinoamericanas su potencial de internacionalización, al precio de reducir su papel en el ámbito universitario nacional. Ello supone paradojas y problemas no resueltos como productos de este proceso. Por lo pronto, para poder sobrevivir en los pocos espacios que el autoritarismo brindaba, los centros de investigación especializados en ciencias sociales tuvieron, entre

⁵ Naturalmente, no en todas las universidades se verificó este proceso de ostracismo actuante de las ciencias sociales. Fue más fuerte en los países donde imperaban regímenes militares como Argentina, Chile y Perú y en menor medida en Brasil, pero también operó en países como Ecuador y Bolivia. Los casos excepcionales fueron México y Venezuela, donde a consecuencia de la estabilidad del régimen político y el peso de la autonomía universitaria, la ciencia social mantuvo un espacio importante en universidades como la UNAM de México y la UCV de Venezuela.

los años setenta y mediados de los ochenta, que volverse hacia las agencias y fundaciones internacionales que apoyaban la actividad académica. En muchos casos, el apoyo de estas agencias fue determinante para la sobrevivencia misma de las ciencias sociales en la región.⁶ Ello condujo a las comunidades científicas a un nuevo trato o esquema de relaciones con las fuentes de financiamiento. No siempre esto fue del todo positivo, pues en muchos casos implicó que para sobrevivir los centros de investigación tenían de hecho que aceptar agendas que no forzosamente encajaban con las prioridades nacionales de las comunidades científicas.⁷ Lo importante para nuestros fines es destacar, sin embargo, las siguientes cuestiones:

- a. Por la vía de sus necesidades de legitimación y defensa de los pocos espacios democráticos que quedaban en las sociedades latinoamericanas, los intelectuales se acercaron a otras comunidades científicas no latinoamericanas. Esto tuvo un saldo positivo, más allá de la solidaridad que se alcanzaba en el plano político, pues ayudó a abrir las ciencias sociales latinoamericanas a la escena mundial e internacionalizar a las comunidades científicas latinoamericanas.
- b. La construcción de nuevas agendas de trabajo que la privatización de la investigación imponía condujo a dos resultados importantes: 1) se fortaleció un enfoque más societal y menos estatista en el estudio de una serie de problemas claves, en esferas como la internacionalización de la economía y los nuevos movimientos sociales.⁸ 2) La investigación –condicionada obviamente por el peso de las agencias internacionales que ahora la apoyaban– tendió a ser más comparativa y por ende menos centralizada en los espacios estatal-nacionales.
- c. El tercer aspecto relevante del reacondo institucional de las ciencias sociales latinoamericanas es el fortalecimiento de redes regionales de trabajo científico e inclu-

⁶ Por ejemplo, en Brasil el apoyo de la Fundación Ford fue crucial para la sobrevivencia de las ciencias sociales bajo el régimen militar, tal es el caso de CEBRAP.

⁷ Hace algunos años este tema dio pie a polémicas entre cientistas sociales latinoamericanos y estadounidenses acerca del sentido político de los apoyos de estas agencias y fundaciones. La principal fue la entablada entre Carlos M. Vilas y James Petras. Lamentablemente, este tema no ha dado pie a estudios empíricamente fundados que darían mucha luz a la sociología de las ciencias sociales latinoamericanas aún por hacer.

⁸ Este es un punto que merece un análisis más completo. Usualmente nos hemos acostumbrado a ver el interés por el estudio de los nuevos movimientos sociales como el resultado básico de la crisis de los actores políticos tradicionales y como el producto de los esfuerzos políticos por diseñar estrategias alternativas al autoritarismo vigente en la región en los años setenta y principios de los ochenta. La verdad es que el tema también era el producto del reacondo del horizonte discursivo al que tuvo que abocarse la comunidad científica en el nuevo espacio institucional en el que se movía, el cual colocaba su propia práctica como parte misma de esos emergentes movimientos sociales. A esto se une la transnacionalización de las comunidades científicas.

so de formación universitaria, las principales de las cuales son FLACSO y CLACSO. Ambas entidades regionales han cumplido y cumplen un importante papel en el fortalecimiento de las ciencias sociales en la región, aun cuando a lo largo de su existencia naturalmente han enfrentado también importantes problemas.

4. Las posibilidades de la cooperación regional y las ciencias sociales

Como hemos apreciado a lo largo de esta exposición, las ciencias sociales latinoamericanas en la medida en que han tenido que desarrollarse en contextos políticos muy cambiantes, frágiles y poco institucionalizados, desde regímenes autoritarios pasando por procesos de transición y consolidación democráticas, han sido particularmente sensibles en sus ámbitos institucionales a estas realidades. De estos procesos, ha salido una ciencia social si bien sometida a precariedades financieras e institucionalmente operando en condiciones frágiles, con una cada vez mayor capacidad de operación en redes vinculantes de sus actores y cada vez más relacionada con esferas institucionales de alcance global. Sin embargo, es paradójico como los actuales procesos de integración en marcha en la región no incorporan en sus diseños estratégicos de cooperación científico-tecnológicos precisamente esta potencialidad de las comunidades científicas latinoamericanas.

El segundo aspecto que debemos destacar al respecto es el creciente papel de las agencias internacionales de desarrollo en la construcción de las agendas de investigación hacia las comunidades académicas. En parte esto es el resultado de la crisis de identidad de algunas disciplinas como la sociología y de la hegemonía del discurso económico neoliberal. Pero también ello es el resultado de la dependencia institucional y financiera de las comunidades científicas respecto a dichas agencias, ante el vacío institucional provocado por la reducción de la capacidad universitaria para sostener las políticas de investigación. A ello se une una clara debilidad estratégica de la región en lo relativo al diseño de políticas de ciencia y tecnología, sobre todo por parte del actor estatal y por el actor hegemónico, el empresariado. De esta forma, por ejemplo, salvo algunos países como México y Brasil, en la mayoría de nuestras sociedades el Estado no tiene ninguna política o diseño estratégico coherente que le permita movilizar un esfuerzo coordinado de las comunidades académicas nacionales, a la hora de negociar las contrapartidas nacionales en los programas de investigación financiados internacionalmente, o de dar seguimiento con equipos de expertos a programas y políticas macroeconómicas con una significativa presencia de personal académico nacional. El otro as-

pecto de este mismo proceso es la visión unilateral y razonablemente instrumental que tienen los empresarios a la hora de apoyar el trabajo de investigación. De esta visión normalmente salen fortalecidas líneas de investigación cortoplacistas, dirigidas hacia objetivos muy limitados y casi siempre orientados al diseño de estrategias de optimización de ventajas productivas, recortes de presupuestos laborales o apropiación al vapor de tecnologías.

Uno de los graves problemas que enfrentan las comunidades científicas latinoamericanas a la hora de intentar insertarse en esta agenda de investigación claramente administrada por agencias internacionales de desarrollo y regenteadas nacionalmente por burocracias estatales es el de los niveles muy desiguales en que se asumen los contenidos de las agendas. Para las agencias internacionales sus estrategias trascienden los límites de los estados-naciones. En consecuencia, la manera de enfocar determinados criterios de política macroeconómica no puede detenerse en las especificidades nacionales o locales sino a riesgo de perder su propia coherencia como propuesta. Pero en la perspectiva nacional o local estas desviaciones son las que tienen muchas veces importancia central.

Por todo ello, en la actual situación de las ciencias sociales latinoamericanas y caribeñas se hace necesaria una reflexión sistemática que no sólo permita apreciar la crisis de los estilos de trabajo (paradigmas) y propuestas epistemológicas de muchas disciplinas sociales, sino principalmente apreciar las debilidades institucionales de las comunidades científicas para dar respuesta funcional y práctica a esta nueva realidad que se define en el marco de los procesos de globalización. Algunas ideas se sugieren a este respecto, a manera de conclusión:

1. Es nuestra convicción que las comunidades académicas deben fortalecer el ámbito de las universidades públicas, pero en un clima de excelencia y capacidad de asumir los retos de un mundo abiertamente competitivo. En este propósito instituciones como FLACSO y CLACSO tienen mucho que aportar, pues ellas expresan exitosas comunidades científicas con experiencia en el manejo de los problemas estratégicos de la agenda latinoamericana, pero sobre todo con flexibilidad y capacidad adaptativa a los desafíos no sólo intelectuales, sino también institucionales que se presentan a la hora de negociar con agencias de desarrollo, fundaciones y entidades gubernamentales. Las redes universitarias en este sentido deben fortalecerse, pero en una perspectiva y clima de apertura hacia otras instancias institucionales igualmente importantes en el quehacer científico: institutos, asociaciones académicas, grupos de trabajo académico de alcance internacional, redes regionales, etc.

2. Derivado de este punto, nos parece que es importante sostener un esfuerzo a fin de establecer creativamente mecanismos de cooperación horizontal funcionales entre los Estados y las comunidades científicas, tanto en el ámbito nacional como regional. La experiencia de FLACSO en este sentido ha sido exitosa y no tiene por qué limitarse este potencial de cooperación regional a esta sola experiencia. Tanto en el ámbito de instituciones como FLACSO y CLACSO, como de las redes universitarias y grupos o redes académicas, es preciso que se fortalezcan mecanismos que vinculen más estrechamente a las comunidades académicas como tales, además de sus esferas institucionales donde operan, a los esfuerzos de integración en marcha, sobre todo en el diseño y ejecución de las políticas de ciencia y tecnología.
3. La comunidad de científicos sociales latinoamericanos y caribeños debe asumir que algunos de los procesos de cambio político y reforma económica brindan la posibilidad de fortalecer una nueva y más estrecha relación entre el científico y el ciudadano. De esta suerte, la democratización y el fortalecimiento de las sociedades civiles brinda oportunidad a las comunidades científicas para acercarse en un nuevo esquema de relaciones con sus sociedades y recoger en sus agendas problemas que traspasen el marco y la centralidad del Estado. Lo mismo cabe decir respecto a la necesidad de un diálogo realista entre el empresariado latinoamericano y las comunidades de científicos sociales.
4. La ciencia social debe recuperar su potencial analítico en el diseño de alternativas estratégicas para la región, más allá de la denuncia misma de las estrategias neoliberales y más acá de los problemas que provocan las ineficiencias e incapacidades del Estado frente a la ciudadanía, tanto en el plano político como en el social. Es preciso proponerle al ciudadano no sólo el señalamiento de los lugares y actores donde se encuentran localizados los problemas, o donde se localizan sus responsables, es preciso aportar ideas que permitan construir una ruta razonable y a mediano plazo viable para la solución de los problemas.
5. En los ámbitos institucionales donde trabajan los académicos, principalmente en las universidades y centros de investigación privados, es preciso fortalecer no sólo la capacidad crítica, sino también y de modo no menos importante, el rigor académico, la eficiencia competitiva y la flexibilidad en el manejo de nuestras propias agendas. Sólo así podremos ir definiendo espacios de mayor peso político que permitan un diálogo más transparente y horizontal no sólo con el Estado, sino también con los actores locales (empresarios, sindicatos, partidos, ONGS, etc.) e internacionales.

Es mi convicción que sólo esfuerzos reflexivos, pero sobre todo prácticos, que conduzcan a organizaciones como FLACSO y CLACSO hacia esfuerzos de cooperación horizontales entre las redes científicas del continente, que supere las trabas de sus burocracias dirigentes y vincule más de cerca a las comunidades de académicos que integran estas organizaciones, podrán ayudarnos a responder a la compleja madeja de problemas que implica, precisamente, el reacomodo de las ciencias sociales latinoamericanas en el nuevo escenario mundial. Ese esfuerzo de cooperación se facilita precisamente en un mundo global con los modernos recursos que nos brinda la era de la información, como ha definido Castells a nuestros tiempos finiseculares.

Sin embargo ello no bastará. Habrá que aprender a sostener el reto de Jano que hoy por hoy sufren los académicos para poder sobrevivir en un mundo cada vez más angosto en sus capacidades institucionales para sostener la reflexión propiamente científica, ya sea en la perspectiva de la reflexión teórica o del análisis propiamente sociohistórico. El académico de nuestros tiempos tendrá que aprender a vivir en un mundo que requiere insistentemente de conocimientos instrumentales, de respuestas puntuales a problemas específicos, pero también que obliga a una reflexión crítica general, precisamente como condición de eficacia del conocimiento instrumental. Exigencias ambas no siempre conciliables, pero sobre todo desgarrante para las vidas concretas, particularmente de los intelectuales latinoamericanos.

Si los académicos vinculados a las ciencias sociales no asumimos estos retos estaremos de alguna manera fuera del movimiento histórico. Para lograr esto las comunidades científicas tendrán que aprender a trabajar más de cerca, superando los particularismos nacionalistas, recuperando creativamente la diversidad cultural de sus diversos orígenes, pero sobre todo asumiendo la responsabilidad ciudadana y, por qué no, política, que hoy por hoy le plantea al científico social un mundo nuevo, incierto y prometedor.

Bibliografía

Beck, U. (1998): *¿Qué es la globalización?*, Buenos Aires, Paidós.

_____ (1998b): *La sociedad del riesgo*, Buenos Aires, Paidós.

Bricenío-León, R. y Sonntag, H. R. (eds.) (1998): *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Caracas, Nueva sociedad.

Castells, M. (1997): *La era de la información, economía sociedad y cultura*, Madrid, Alianza, Vol. I: **La sociedad red**.

Dogan, M. y Pahre, R. (1993): *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, México, Grijalbo.

García Guadilla, C. (1996): *Conocimiento, educación superior y sociedad en América Latina*, Caracas, Nueva sociedad.

Held, D. (1997): *La democracia y el orden global*, Buenos Aires, Paidós.

Huntington, S. P. (1997): *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós.

Ohmae, K. (1997): *El fin del estado-nación*, Santiago de Chile, Andrés Bello.

Peña Esteban, F. J. (1997): *Occidentalización, fin de la Guerra Fria y relaciones internacionales*, Madrid, Alianza Universidad.

Sonntag, H. R. (1988): *Duda, certeza, crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*, Caracas, Nueva sociedad.

Wallerstein, I. (coord.) (1996): *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.

_____ (1999): *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, Caracas, Nueva Sociedad.